

Luis Herrera Campins y El informe estructural de la ruina rentista

Seudónimo: Charles Daniels

Introducción

La presidencia de Luis Herrera Campins (1979-1984) quedó anclada en el imaginario colectivo venezolano a un evento sísmico como el “Viernes Negro” de 1983; aquella fecha convertida en símbolo condensa en su sombra un relato de esplendor y ruina, reduce un complejo fenómeno de desestructuración social a un hito económico donde la historia oficial lo narra como el gobierno que condujo al país al colapso rentístico. Esta interpretación representa una simplificación que elude el análisis sociológico e histórico al confundir la fiebre (la crisis económica) con la enfermedad de fondo (el agotamiento de un pacto social basado en la distribución paternalista de la renta y una sistemática hipertrofia del Estado).

La renta petrolera financió al Estado, moldeó el tejido social, definió las relaciones de poder y forjó una subjetividad muy particular (la del ciudadano-cliente), cuya relación con lo público se basaba en la expectativa de la dádiva y no en la corresponsabilidad. Venezuela enfrentaba mucho más que una crisis fiscal; era una profunda crisis de su modelo de desarrollo y, por ende, de cohesión social, una anomia derivada de la insostenibilidad de su principal mecanismo de integración. Esta compleja realidad sociocultural ha sido atrapada por la historiografía en un debate binario que impide su desciframiento; desde un polo se acusa a Herrera Campins de ser el primer neoliberal por sus intentos de racionalización económica y liberación de precios y, desde el polo opuesto, se le critica como el último exponente del Estado paternalista por medidas como el Bono Alimenticio.

Este ensayo rechaza esta visión binaria y argumenta que ambas etiquetas son superficiales; por eso sostenemos que tanto el “neoliberalismo” como el “paternalismo” de la época eran en sí mismos respuestas fallidas dentro de la lógica rentista, incapaces de diagnosticar la gran enfermedad de fondo que representaba el agotamiento del pacto social del ciudadano-cliente. En consecuencia este ensayo postula una tesis que trasciende esa dicotomía, el proyecto político de Luis Herrera Campins fue el informe estructural que registró las grietas profundas en los cimientos del edificio rentista, mientras otros solo admiraban la fachada.

Su objetivo era más que una receta económica; se proponía ejecutar una compleja obra de reforzamiento (intentar una reconfiguración controlada del pacto social para redistribuir las cargas y evitar el desplome). Su gobierno fue el escenario donde el edificio finalmente cedió, validando así la premisa que guio toda su acción política.

El recorrido de este análisis asume la lógica de este informe estructural, utilizando el análisis sociológico del discurso como herramienta metodológica principal. Primero, expondremos las fisuras en los cimientos al revelar el diagnóstico de la anomia rentista presente en su discurso temprano; luego descifraremos su proyecto del "Estado Promotor" como el plan maestro de reforzamiento, un intento de apuntalar la estructura social; y finalmente plantaremos que el "Viernes Negro" fue el colapso inevitable, más que un fracaso de gestión, el momento en que la vieja estructura cedió dejando el legado de Herrera Campins en los planos de un país post-rentista que aún hoy sigue siendo una asignatura pendiente.

I. El Diagnóstico Latente

Para descifrar a un líder, hay que escuchar sus silencios y sus palabras incómodas, hay que auscultar lo que se atrevió a decir cuando la euforia colectiva invitaba a callar. El proyecto político de Luis Herrera Campins nació en el frío y lúcido diagnóstico de una patología social que él vio crecer bajo la piel de la Venezuela saudita; no fue urgencia de una campaña.

Su pensamiento fue un informe estructural temprano, un registro de las fisuras de un país que para muchos aún deslumbraba; la prueba reina de esta clarividencia yace en su discurso de 1959, en plena celebración del Centenario de la Federación, donde el contexto lo es todo debido a que el país vivía la borrachera de la democracia recién nacida, embriagado por una riqueza petrolera que parecía infinita. El consenso era celebrar; la única pregunta era cómo repartir el festín.

La voz de Herrera Campins rompe el hechizo; no habla como un administrador de la abundancia, habla con sensibilidad social, como el médico que ve la enfermedad en el síntoma; mientras otros veían una bóveda llena, él veía un pacto social vacío. Su primer golpe es a la estructura misma del modelo y advierte que la libertad política recién conquistada es un espejismo si no se ancla en la justicia material. Su propuesta es la de un Estado que

interviene para sanar la desigualdad estructural que el propio rentismo ya estaba sembrando; “el Estado futuro ha de poseer marcado acento social” (Herrera Campíns, 1959, p. 99).

Pero su diagnóstico penetra profundo hasta la fractura moral de la sociedad. En un párrafo que es un acto de alquimia política, Herrera Campíns disuelve la gran paradoja de la época, ¿cómo un país tan rico puede ser tan injusto? La respuesta es fulminante y plantea que la riqueza es parte del problema. Ve una libertad que se anula a sí misma.

¿Pero es que puede ser la sociedad capitalista, engendro de la filosofía política liberal, ser solución para los pueblos en su demanda de justicia social? Rotunda y categóricamente: no. Porque como dice el francés Domenach: el régimen capitalista concede al hombre libertades que se encarga de anular la sociedad capitalista. (Herrera Campíns, 1959, p. 99)

Esto es el diagnóstico, no una ideología; Venezuela se sumergía en anomia y esta es la fisura en el cimiento fundamental; la libertad política se ahogaba en un mar de injusticia social. Y es aquí donde rechaza de plano la visión binaria que paralizaría a Venezuela décadas después y se niega a elegir entre la libertad sin pan o el pan sin libertad, entre el mercado que anula a la sociedad o el Estado que anula al hombre. Su tercera vía es la del humanismo, una visión que defiende la indivisibilidad de la dignidad humana:

[El Estado] ha de garantizar -junto al pan- la libertad, y no lo hará sacrificar el pan para el deleite de ser y sentirse libre; pero tampoco lo esclavizará para darle el lujo de gozar del pan. Hacia ese mundo vamos, donde la justicia social imponga la necesaria organización del trabajo y la debida protección... (Herrera Campíns, 1959, p. 99)

Esta voz es el fundamento conceptual del “Estado Promotor”, su compromiso queda sellado al final del discurso cuando invoca a Ezequiel Zamora; al hacerlo define la naturaleza de su proyecto, un proyecto que emana de la base popular, en clara oposición a las élites que admiraban la fachada del edificio rentista (Herrera Campíns, 1959). Este diagnóstico de 1959 fue la primera grieta que vio en el mármol, una grieta que, como revelan sus conversaciones y su vida parlamentaria, se convertiría en la obsesión que definió toda su carrera.

Esta fisura no hizo sino ensancharse durante las siguientes dos décadas, en los años sesenta y setenta; mientras Venezuela vivía la euforia de la “Gran Venezuela” y la nacionalización petrolera, Herrera observaba el reverso de la bonanza.

Mientras la élite admiraba la fachada del edificio rentista, su análisis se centraba en el “malestar en la riqueza”, la hipertrofia del Estado, la corrupción como sistema y la erosión de la cultura del trabajo; su preocupación era más que económica; era una patología moral y social. En sus conversaciones con Alfredo Peña, publicadas justo antes de su ascenso al poder, Herrera radiografía esta enfermedad y critica la “hipertrofia” de un Estado que al centralizar la riqueza se convierte en el gran repartidor, y observa con alarma cómo esto moldea una cultura social dependiente (Peña, 1978).

Luis Herrera veía cómo la relación entre el ciudadano y el Estado dejaba de ser una de corresponsabilidad para convertirse en una de clientelismo, y es aquí donde nace un concepto clave de esta era, el “ciudadano-cliente”. Esto es más que una simple categoría política; es una subjetividad forjada por el rentismo, un ciudadano cuya identidad se basa en su capacidad de extraer una dádiva del Estado y no en lo que produce o aporta.

Herrera diagnosticó que esta cultura clientelar era la fisura más peligrosa en los cimientos del edificio, una que lo pudría desde adentro, y esta obsesión no fue puramente intelectual; su extensa trayectoria documentada en los tomos de su *Vida Parlamentaria* es la bitácora de una lucha constante contra los síntomas de esta patología. Sus debates sobre el control del gasto, sus esfuerzos por la reforma educativa y sus denuncias contra la corrupción no eran actos políticos aislados; eran los intentos de un arquitecto por reparar las grietas que muchos veían, pero solo él parecía preocuparse (Aveledo, 2024).

Por tanto, al llegar a la presidencia en 1979, Luis Herrera Campins no era un gerente novato sorprendido por la crisis ni un ideólogo abstracto; era un líder político con un agudo diagnóstico social que llevaba veinte años estudiando el “informe estructural” del edificio venezolano. Su proyecto presidencial, el “Estado Promotor”, el “plan maestro de reforzamiento” que lógica e inevitablemente se desprendía de dos décadas de diagnóstico.

II. La Terapia del Alma Nacional

Veinte años descifrando las fisuras en los planos terminaron en 1979 con la llegada a Miraflores; fue más que una toma de posesión, fue el instante en que el arquitecto, tras advertir por décadas sobre la corrosión interna, finalmente empuñaba el mazo y el nivel para intentar la obra de reforzamiento. Luis Herrera Campins no llegó para admirar la fachada de

la Venezuela saudita, llegó con un plan maestro que la historiografía, en su miopía binaria, confundió con un simple eslogan fiscal. ¡Fue un error fatal de análisis!

El “Estado Promotor” era de naturaleza no económica, era un desafío social y político, era una terapia diseñada para curar la patología que él había visto metastatizar; la adicción al Estado y el alma vaciada del “ciudadano-cliente”. Era, en esencia, un intento de exorcismo de la pasividad nacional.

La prueba de esta ruptura yace en su filosofía de gestión, “La filosofía del Estado Promotor me ha inspirado todo este tiempo” (Herrera Campíns, 1984, p. 1). El verbo “promotor” fue más que un eslogan desierto; se tradujo en una política de gestión y esta no es la voz del patriarca que reparte la herencia; es la voz del terapeuta que exige al paciente que vuelva a caminar. Su meta era democratizar la riqueza más que repartirla, y este acto implicaba devolverle al ciudadano más que su parte, su responsabilidad.

Pero, ¿cómo motorizar a una sociedad cuya brújula moral se había fijado en la dádiva? ¿Cómo despertar a quien duerme cómodamente en la pasividad?

Aquí entra la pieza más visionaria y por ende, la más resistida de su proyecto; la llamada “Revolución de la Inteligencia” fue el antídoto, la herramienta quirúrgica para forjar al nuevo sujeto activo que el “Estado Promotor” necesitaba para existir. En su Tercer Mensaje al Congreso (1982) detalla el “nuevo modelo educativo” y el documento revela su pilar central: la creación de un área de estudios dedicada exclusivamente al “Pensamiento”; era una política de Estado diseñada para cumplir la promesa de “aprender a pensar”. Si el rentismo había atrofiado el músculo del pensamiento crítico, la educación sería la fisioterapia para recuperarlo, era la forja explícita del ciudadano-productor para sanar la anomia del ciudadano-cliente.

La centralidad del pensamiento en este proyecto es la clave de bóveda de la nueva arquitectura social; esto está por encima de una adición curricular, es un reconocimiento explícito de que la capacidad de pensar es el principal factor de producción en una sociedad post-rentista. Si el modelo anterior valoraba la riqueza extraída de la tierra o vendida a través de transacciones pasivas (el ciudadano-cliente que solo consume), este nuevo modelo exige un capital intelectual activo, creativo y autónomo. Aprender a pensar se convierte en el eslabón necesario para transformar al consumidor pasivo en un ciudadano-productor, capaz de

innovar, generar soluciones y participar en la creación de valor. Sin esta fisioterapia del pensamiento crítico, la promesa de un "Estado Promotor" (que implica una sociedad dinámica y autogestionada) es inviable, pues seguiría dependiendo de súbditos que esperan una renta, en lugar de ciudadanos que forjan su propia prosperidad.

Y fue este plan ambicioso, esta terapia de alma nacional, la que se estrelló contra la dura física de las fisuras ya existentes. Aquí es donde los críticos, ciegos al diagnóstico variopinto, cayeron en la trampa binaria; es la paradoja que ilumina toda la época; lo acusaron de ser un *neoliberal* por sus intentos de "sinceración" de precios y de ser un *paternalista* por el Bono Alimenticio.

¿Cómo es posible? ¿Cómo puede un hombre ser las dos cosas opuestas en el mismo instante? La respuesta fulminante de nuestra tesis es que no era ni lo uno ni lo otro porque Herrera no estaba aplicando una ideología; estaba respondiendo a la *gravedad* de un edificio que se derrumbaba, anclado en su diagnóstico humanista de 1959: "pan y libertad". En el Tercer Mensaje (1982), en la misma página donde anuncia la disciplina fiscal y el "control del gasto evitando el despilfarro", Herrera (1982) sentencia que "EL BONO ALIMENTICIO VA" (p. 13). Y eso no es eclecticismo; es la aplicación de su tesis de 1959, donde el Bono era el "pan" (el andamio de emergencia), el torniquete humanista para proteger al más vulnerable *mientras* aplicaba la terapia estructural.

Lejos de ser la aplicación mecánica de un dogma neoliberal, la "sinceración" se ejecutó como una corrección instrumental de precios; su lógica era funcional y estratégica, despojada de lealtades a cualquier credencialismo ideológico, y se diseñó para atacar la matriz subsidiaria del rentismo. La crítica fácil falla al no reconocer la "sinceración de la situación económica". "Incremento de los precios al productor" fue listada en el Quinto Mensaje (1984) como la primera "base para la prosperidad" agropecuaria (Herrera Campíns, 1984, p. 16).

Esto evidencia que la medida buscaba el traslado de la responsabilidad y la rentabilidad al productor nacional; al liberar los precios artificialmente deprimidos, el Estado desmantelaba la dependencia y le confería al sector primario la libertad operativa y la señal económica vital para invertir y generar abundancia. El subsidio representado por el *Bono* funcionaba como un andamio de emergencia; la *Sinceración* era la reparación estructural que habilitaba la autonomía. No era neoliberalismo ni paternalismo; era el humanismo cristiano de 1959 intentando gestionar el colapso.

Los críticos, esclavos del espejo retrovisor del rentismo, fueron incapaces de diagnosticar la patología de fondo que carcomía el Estado; para ellos la obra de reforzamiento (la corrección de precios y la exigencia de pensamiento) solo podía ser interpretada como un acto de demolición ideológica, y los andamios de emergencia (el subsidio provisional) como un incomprensible derroche. No lograron percibir la gravedad del instante, pues estaban presos en la inercia del pasado; su miopía histórica les impidió comprender la verdadera naturaleza del liderazgo en ese momento.

Herrera no estaba administrando una bonanza ni repartiendo excedentes; estaba gestionando el prólogo de un colapso, utilizando el último margen político para intentar una fisioterapia estructural desesperada antes de la caída total. Juzgaron la medicina por su sabor amargo, ignorando la fatalidad de la enfermedad que venía. Una fatalidad que no tardaría en manifestarse con la fuerza de un terremoto.

III. La Validación del Diagnóstico

La terapia del alma nacional se desplegó sobre una estructura ya condenada; el plan de reforzamiento llegó el día que el paciente entraba en colapso terminal. Las fisuras diagnosticadas en 1959 (la corrosión moral de la anomia clientelar, la hipertrofia de un Estado patriarca) se habían convertido en abismos estructurales que solo esperaban el empuje final.

El edificio rentista no colapsó en el vacío; fue golpeado por una tormenta perfecta que venía de afuera. El mundo de principios de los ochenta sufría su propia convulsión y la economía global entraba en recesión, en parte debido a la creciente volatilidad del mercado internacional del petróleo crudo que comenzó a secar la fuente de la “economía ficticia” que alimentaba la patología social venezolana. El *Oil Glut* (la sobreoferta mundial de petróleo) fue el primer golpe e inmediatamente después la crisis de la deuda mexicana (agosto, 1982) desató el pánico financiero; el crédito internacional, ese otro pilar invisible que sostenía la “Venezuela hipotecada”, se evaporó de la noche a la mañana. La presión externa buscó los cimientos diagnosticados por Herrera; los encontró podridos.

El 18 de febrero de 1983 es la fecha de la fractura expuesta; el “Viernes Negro” fue la fiebre revelando la enfermedad terminal, el bolívar “histórico” de 4.30 murió ese día, certificando el fin de la ilusión. Fue el colapso financiero de un modelo que en poco tiempo pasó de la inmensa abundancia rentista a la gigantesca deuda.

La fachada de mármol de la “Venezuela Saudita” se desplomó, revelando la estructura interna carcomida que la terapia del "Estado Promotor" había intentado (demasiado tarde) apuntalar. La historiografía tradicional narra este día como el fracaso de Herrera Campins; la evidencia documental revela la trágica, amarga e incluso inevitable **validación** de su diagnóstico.

Es importante analizar su propio testimonio días después del evento. Menos de un mes después del colapso, Herrera se paró frente al Congreso (10 de marzo de 1983) para leer el informe estructural mientras el edificio aún temblaba. Sus palabras iniciales afirman su diagnóstico con una claridad fulminante:

El año que corre se nos ha presentado con circunstancias muy difíciles, que sería tonto negar. Me atrevo a decir que el Estado paternalista del que ha esperado todo prácticamente durante largos años la sociedad venezolana, está a punto de desaparecer para dar paso a un Estado Social animador de la participación con la inevitable y magnífica organización social del pueblo. (Herrera Campins, 1983, p. 1).

El informe estructural de 1959 se había convertido en el acta de defunción de 1983 debido a que el paternalismo, incapaz de sostenerse sin la ficción de la renta ilimitada, finalmente había cedido. El desgaste del país rentista expuso la ceguera de su élite política como una patología aún más profunda; el enfoque rígido de la historia atrapada en el debate inflexible y polarizante que Herrera mismo rechazaba, solo pudo analizar el síntoma, fallando en diagnosticar la enfermedad. El edificio se fracturaba y los fanáticos, en lugar de mirar los cimientos podridos del modelo, se dedicaron a culpar al presidente de turno; lo acusaron de ser un “neoliberal heterodoxo” por su “sinceración”, y simultáneamente un “paternalista” por el Bono Alimenticio.

Esta contradicción aparente revela la miopía de la clase política de aquel entonces; todos sus actores sin importar su bando ideológico, seguían operando bajo la matriz agotada del “ciudadano-cliente”, su única preocupación era cómo repartir una renta que ya desaparecía. La tragedia política del período fue el “enfrentamiento crónico” que impidió cualquier consenso estructural, en gran parte debido a que la élite dirigente utilizó la “deuda heredada” como un arma de desgaste político, un comodín favorito para la pugna por el poder. Todos juzgaban la gestión de Herrera y su intento de “redimensionamiento” y “disciplina del gobierno” usando la vara del Estado repartidor que, precisamente, estaba colapsando.

Entonces la incapacidad para ver más allá de la fachada rentista era la validación final del diagnóstico de Herrera; estaban discutiendo sobre cómo pintar la fachada mientras el edificio se hundía, probando así que la “Revolución de la Inteligencia” había sido la terapia correcta, aunque trágicamente fallida.

La verdadera tragedia venezolana se condensa en la miopía colectiva post-1983; el colapso del Viernes Negro y la ceguera intencional de la élite política ofrecían a la nación una oportunidad única, un diagnóstico estructural pagado con dolor; la fractura expuesta certificaba la advertencia profética de que “el Estado paternalista... está a punto de desaparecer” (Herrera Campíns, 1983, p. 1).

Venezuela tenía en sus manos los planos de un país post-rentista, un país forzado a la “sinceración de la situación económica” (Herrera Campíns, 1984, p. 16), un país obligado a “aprender a pensar” (Herrera Campíns, 1982, p. 1).

La sociedad venezolana rechazó activamente el diagnóstico; la élite política y el imaginario colectivo eligieron la amnesia, optando por esperar el siguiente ciclo de la bonanza petrolera. La llegada de la nueva hegemonía política del siglo XXI, armada con precios del petróleo sin precedentes, utilizó esa bonanza para magnificar la patología rentista a una escala terminal. La “economía ficticia” se hipertrofió; la dádiva se convirtió en el mecanismo central y explícito del control social, profundizando la anomia del “ciudadano-cliente” hasta su disolución total como sujeto productivo.

El colapso subsecuente (la crisis hiperinflacionaria y humanitaria de la década de 2010) fue la repetición inevitable y magnificada del Viernes Negro; fue la fractura total de la misma estructura defectuosa, reconstruida sobre los mismos cimientos podridos, ignorando todas las advertencias estructurales de 1983. El legado de Luis Herrera Campíns, por tanto, permanece en esos planos; su proyecto de un “Estado Promotor” y su “Revolución de la Inteligencia” siguen siendo la asignatura pendiente, el informe estructural de un país post-rentista que aún se niega a nacer.

Conclusión. El final del comienzo, la asignatura pendiente

El recorrido por la presidencia de Luis Herrera Campins dismantela la narrativa simplista del “Viernes Negro” como el fracaso del gerente de turno; en su lugar revela la tragedia de un diagnóstico lúcido que llegó demasiado tarde. La historiografía tradicional, esclava del “debate binario” (la falsa dicotomía entre neoliberalismo y paternalismo), demostró ser parte de la misma patología que Herrera había identificado, una élite política atrapada en la lógica de la “economía ficticia”, incapaz de ver que la matriz del “ciudadano-cliente” estaba estructuralmente agotada.

Por tanto, la verdadera tragedia venezolana no fue el colapso de 1983, el colapso era inevitable, la fiebre tenía que reventar; la tragedia fue la amnesia colectiva y la negación activa del diagnóstico en las décadas subsecuentes. La fractura expuesta del “Viernes Negro” ofreció a la nación una oportunidad única para la introspección estructural; la advertencia profética de que "el Estado paternalista... está a punto de desaparecer" (Herrera Campíns, 1983, p. 1) fue la autopsia en vivo de un modelo insostenible. Venezuela eligió ignorarla; en lugar de ejecutar la fisioterapia dolorosa pero necesaria que implicaba la “sinceración de la situación económica”, la sociedad y su élite dirigente optaron por esperar el siguiente ciclo de la bonanza petrolera.

La llegada de la nueva hegemonía política del siglo XXI, armada con precios del petróleo sin precedentes, utilizó esa bonanza para magnificar la patología rentista a una escala terminal; la “economía ficticia” se hipertrofió, la dádiva se convirtió en el mecanismo central y explícito del control social, profundizando la anomia del “ciudadano-cliente” hasta su disolución total como sujeto productivo. El colapso subsecuente (la crisis hiperinflacionaria y humanitaria de la década de 2010) es la repetición inevitable y magnificada del Viernes Negro; es la fractura total de la misma estructura defectuosa, reconstruida sobre los mismos cimientos podridos, ignorando todas las advertencias estructurales de 1983.

El hacia dónde vamos nos regresa irónicamente a los planos que fueron archivados; el legado de Luis Herrera Campins no reposa en la nostalgia de un edificio que se cayó, sino en la urgencia de su diagnóstico sobre la desigualdad y el pensamiento. Su análisis de 1959 sobre la "libertad que se anula a sí misma" sigue siendo la descripción más precisa de la anomia venezolana; una sociedad que en su búsqueda del pan (la dádiva), sacrifica la libertad (la agencia, la responsabilidad, la producción).

La desigualdad estructural que él vio nacer del rentismo se combate rompiendo la matriz de la dependencia, no con más subsidios paternalistas, y aquí es donde su proyecto más visionario, la llamada “Revolución de la Inteligencia”, trasciende su tiempo y se convierte en la única política de Estado viable para el futuro. Su insistencia en aprender a pensar no era el reconocimiento explícito de que la capacidad de pensar es el principal factor de producción en una sociedad post-rentista, un capricho pedagógico.

El rentismo atrofia el músculo productivo, pero también atrofia el músculo del pensamiento crítico; una sociedad que no piensa, no innova, una sociedad que no innova, no produce, y una sociedad que no produce, solo puede pedir. Se convierte en una clientela perpetua, prisionera de la volatilidad del mercado de materias primas y de la voluntad del repartidor. La asignatura pendiente de Venezuela es una profunda transformación intelectual, debido a que la superación de la crisis actual exige la forja deliberada del ciudadano-productor para sanar la anomia del ciudadano-cliente. El “Estado Promotor” es inviable si la sociedad sigue siendo una masa pasiva a la espera de una renta, en lugar de una ciudadanía de productores que forjan su propia prosperidad.

La política de Estado que Venezuela necesita debe ir más allá que administrar la abundancia, debe indiscutiblemente cultivar el pensamiento; sin esta fisioterapia intelectual, cualquier nueva bonanza solo servirá para reconstruir, una vez más, la misma estructura que nos trajo a la ruina, y por eso el legado de Luis Herrera Campins permanece en esos planos, el informe estructural de un país que aún se niega a nacer.

Esta asignatura pendiente remite directamente al rol de las instituciones de educación superior; si el rentismo hipertrofió al Estado, el desmantelamiento intelectual consecuente ha impactado de forma directa a las universidades, que son la verdadera fábrica de pensamiento y el único *hábitat* institucional capaz de forjar a ese ciudadano-productor. La política de Estado requerida debe cultivar el pensamiento y blindar su ecosistema productivo; pues el colapso del pacto rentista se refleja hoy en la fragilización de los cuerpos docentes que históricamente sirvieron como crisol de la crítica. Sin universidades vigorosas, autónomas y dedicadas a la generación de conocimiento en lugar de la simple validación de títulos, la fisioterapia intelectual fracasará en su raíz. La restauración de la nación pasa inevitablemente por el rescate político de la inteligencia nacional organizada, entendiendo que su fin último no es otro que la defensa de la vida y la construcción de una existencia digna para cada habitante de la nación.

Epílogo

La libertad que perseguimos no tiene panfletos en definitivo podría ser utópico, pero ¿la utopía no es fuerza creativa de una realidad que aún no nace?

Quizás, la utopía sea el útero donde se gesta la próxima derrota necesaria.

Quizá la democracia perdida comience aquí, en este espacio donde dos exilios se encuentran y pactan un lenguaje común lleno de esperanza.

Marea compartida que nos arrastra, nos golpea, y sin embargo nos mantiene a flote.

¡Algún día será distinto!

Referencias

- Aveledo, R. G. (Ed.). (2024). *Luis Herrera Campíns, vida parlamentaria* (Tomo 1). abediciones.
- Aveledo, R. G. (Ed.). (2025). *Luis Herrera Campíns, vida parlamentaria* (Tomo 2). abediciones.
- Borgucci, E. y Fuenmayor, J. (2013). Antecedentes del debilitamiento institucional en Venezuela durante el gobierno de Luis Herrera Campíns. *Espiral (Guadalajara)*, 20(56), 187-228.
- Herrera Campíns, L. (1959, 20 de febrero). *Discurso del orador de orden, diputado Luis Herrera Campíns, con motivo del Primer Centenario de la Federación*. [Transcripción de la Gaceta del Congreso].
- Herrera Campíns, L. (1979). *Palenque: Retrospectiva de un compromiso con Venezuela* (Tomo I). (G. Yepes Boscán, Comp.). Fondo Editorial IRFES.
- Herrera Campíns, L. (1981). *Segundo Mensaje al Congreso de la República*. [Discurso presidencial]. Oficina Central de Información.
- Herrera Campíns, L. (1982). *Tercer Mensaje al Congreso de la República*. [Discurso presidencial]. Oficina Central de Información.
- Herrera Campíns, L. (1983). *Cuarto Mensaje al Congreso de la República*. [Discurso presidencial]. Oficina Central de Información.
- Herrera Campíns, L. (1984). *Quinto Mensaje al Congreso de la República*. [Discurso presidencial]. Oficina Central de Información.
- Moreno Pérez, A. (2010). Hegemonía capitalista neoliberal y revolución sociopolítica del Estado en Venezuela: 1979-2009. En R. C. Flores, A. M. Pérez, P. J. Rivas y N. Pineda Prada (Eds.), *Capitalismo y Revolución Bolivariana en Venezuela* (p. 206).
- Pinillos, J. L. (1980). *El desarrollo de la inteligencia ¿Una esperanza o una realidad? (Investigación realizada por UNESCO)*. UNESCO.